



ARNOŠT LUSTIG

## Una oración por Kateřina Horovitzová

Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús



ARNOŠT LUSTIG, *Una oración por Kateřina Horovitzová*, traducción de Patricia Gonzalo de Jesús, Impedimenta, Madrid, 2012, 160 pp. ISBN 978-84-15130-31-4. (*Modlitba pro Kateřinu Horovitzovou*, 1964.)

“Sus dudas podrían haber sido, en efecto, perdonadas, pues, exceptuando tal vez a los peces voladores, no había raza alguna en la tierra, en el aire o en el agua que fuera objeto de una persecución tan ininterrumpida, general e implacable como los judíos de esa época. Con el menor y más irrazonable pretexto, así como con las acusaciones más absurdas e infundadas, sus personas y su propiedad estaban expuestas a todos los excesos del furor popular. Normandos, sajones, daneses y británicos, aunque estas razas fueran enemigas entre sí, competían en ser las que más detestaban a ese pueblo que, por su orgullo religioso, era odiado, injuriado, despreciado, saqueado y perseguido. Los reyes de la raza normanda, y los nobles independientes que seguían su ejemplo en todos los actos de tiranía, mantenían contra ese devoto pueblo una persecución de un tipo más sistemático, calculado e interesado. Es bien conocida la historia del rey Juan, que confinó a un acaudalado judío en uno de los castillos reales y cada día mandaba arrancarle un diente, hasta que, cuando la mandíbula del infeliz israelita quedó sólo con la mitad de dentadura, consintió en pagar una fuerte suma, que era el objetivo del tirano al extorsionarlo. El poco dinero que circulaba por el país estaba principalmente en manos de este pueblo perseguido, y la nobleza no dudaba en seguir el ejemplo de su soberano, arrancándose por todos los medios de opresión, incluso la tortura personal. Sin embargo, el pasivo coraje inspirado por el amor de la ganancia inducía a los judíos a desafiar las diversas maldades a la que estaban sometidos, en consideración a los enormes provechos que podían obtener en un país con tantas riquezas naturales como Inglaterra. A pesar de la cantidad de desalientos, incluso del tribunal especial de tasación ya mencionado, denominado el erario público judío y erigido con el propósito de desanimarlos y abatirlos, los judíos incrementaban, multiplicaban y acumulaban grandes sumas que pasaban de una mano a otra por medio de letras de cambio, un invento por el que se dice que el comercio está en deuda con ellos, y que les permitía pasar sus riquezas de un país a otro en el momento en que la amenaza de la opresión en un territorio indicaba que sus tesoros podían estar más seguros en otro.”

bargo, el pasivo coraje inspirado por el amor de la ganancia inducía a los judíos a desafiar las diversas maldades a la que estaban sometidos, en consideración a los enormes provechos que podían obtener en un país con tantas riquezas naturales como Inglaterra. A pesar de la cantidad de desalientos, incluso del tribunal especial de tasación ya mencionado, denominado el erario público judío y erigido con el propósito de desanimarlos y abatirlos, los judíos incrementaban, multiplicaban y acumulaban grandes sumas que pasaban de una mano a otra por medio de letras de cambio, un invento por el que se dice que el comercio está en deuda con ellos, y que les permitía pasar sus riquezas de un país a otro en el momento en que la amenaza de la opresión en un territorio indicaba que sus tesoros podían estar más seguros en otro.”

Esta larga cita de *Ivanhoe* de Walter Scott podría servir como preámbulo al argumento de *Una oración por Kateřina Horovitzová* de Arnošt Lustig. En cierto modo, la Inglaterra medieval del siglo XII prefigura lo sucedido en Europa Central durante el nacionalsocialismo. Georg Lukács, el último gran lector de Scott, defendió el realismo de sus novelas históricas de la manera más convincente y pudo referirse, por ello, a la trama general del enfrentamiento de hombres y pueblos que no se entendían entre sí, pero la inclusión del judaísmo en *Ivanhoe* —que luego imitarían Dickens o George Eliot en sus obras— iba más allá del realismo y del medievalismo o de la mera dación de una forma a los conflictos sociales. Rebecca de York y el templario Brian de Bois-Guilbert, en quienes no es difícil reconocer con antelación los rasgos de Kateřina Horovitzová y Bedřich



Brenske, el oficial de las SS que asume personalmente la extorsión de los ricos judíos con pasaporte americano de la novela de Lustig, proporcionan algo más que los elementos con los que la literatura comparada trabaja. Son arquetipos que ayudan a reducir el alcance de las excepcionalidades. No quiero decir con esto que Lustig tuviera en cuenta el romance de Scott —uno de los más populares en la historia de la literatura— y es mucho más probable que, de hecho, fuera Kafka quien estuviera en el trasfondo de toda la estructura de su novela (véase, por ejemplo, el discurso de Brenske sobre el campo de concentración en las páginas 57-58; Kafka, diría amargamente Lukács al ser arrestado y conducido en un camión cerrado en medio de la noche hacia su encierro en 1956, también era un realista). Más allá de Scott y de Kafka, está, naturalmente, la fuente bíblica, de la que Lustig se apropia para que el cántico triunfal de Judith encuentre eco en *Una oración por Kateřina Horovitzová*. Esa oración es un *kaddish*, una plegaria que literalmente se encuentra “más allá de todas las bendiciones, himnos, alabanzas y consuelos” (como se recita en el duelo judío) y se corresponde con el cántico final del rabino Dajem de Łódź. *Una oración por Kateřina Horovitzová* no es, por tanto, una excepción y la llamada literatura del Holocausto se humaniza radicalmente al subordinarse a una tradición de la expresión del sufrimiento y de su trascendencia. Si fuera cierto que, después de Auschwitz, es imposible la poesía, Hitler habría obtenido póstumamente una victoria que, en más de un sentido, podría ser caracterizada de definitiva. Pero no es cierto.

*Una oración por Kateřina Horovitzová*, además, no solo es una novela. También es una breve película dirigida para la televisión checa por Antonín Moskalyk un año después de la publicación del libro con guión del propio Lustig. Es aleccionador comparar, en este caso, la literatura y el cine. La inspiración en hechos reales —en última instancia, todo está, por supuesto, basado en la realidad y no hay un final concebible para la imaginación— encuentra en las imágenes cinematográficas una prueba no siempre fácil de superar. El cine hace visibles a los seres humanos. El rostro de la actriz Lenka Fiserová —su tersura, sus lágrimas, su sonrisa, su moralidad— es una encarnación del personaje y su cuerpo un obstáculo infranqueable para la pornografía. Del mismo modo que el cine hace visibles a los seres humanos, nos recuerda que los límites de esa misma visibilidad tienen que ver con la fragilidad humana, con la vulnerabilidad y con la última protección de la carne. Solo el rabino está en condiciones de decir la verdad al afirmar en su oración que Kateřina Horovitzová es “mil veces bella”: las miradas turbias de sus asesinos no pueden captarlo.

Rodada en un blanco y negro estricto que suple lo que en la novela es el largo e insoportable discurso de Brenske, y con algunos planos demasiado expresionistas para una expresión que no los necesita, la versión cinematográfica de *Una oración por Kateřina Horovitzová* aporta algo que pasa, hasta cierto punto, inadvertido en la lectura de la traducción al español o a cualquier otra lengua que no sea el checo. Para quien, como yo, no conoce el checo, oírlo en la voz de los personajes después de haber leído el libro se convierte en una experiencia conmovedora: todos los matices de la significación humana se conservan a pesar de lo que difícilmente podríamos llamar su incomprendibilidad. De un modo que solo cabe calificar de milagroso, el espectador entiende lo que dicen los personajes, aunque no sepa ni una sola palabra del idioma, gracias al poder de evocación de la escritura de Lustig. Los ápices en alemán no aportan más que la isofonía en checo ni, por supuesto, que el hebreo utilizado en la ceremonia nupcial y en la oración final. La traducción, que es la lengua franca de la cultura, recoge en última instancia todas las acepciones: el habla de los judíos americanos detenidos en Sicilia y confinados en una sinagoga de Europa Central, que deben aguantar las arengas de un oficial alemán y no son sordos a las súplicas de una muchacha



judía que no quiere morir... Ninguna de esas acepciones era, en su original, la lengua checa del narrador.

Con una perspectiva estrictamente judía, o judeoalemana, no puede pasarse por alto tampoco que Lustig le haya dado al protector de Kateřina Horovitzová el nombre de Herman Cohen. Hermann (con dos enes) Cohen no es un nombre cualquiera para el judaísmo. Leo Strauss dijo que era una bendición que Hermann Cohen hubiera vivido y escrito. El último representante del idealismo alemán fue, al mismo tiempo, un filósofo judío. Su aciaga equiparación de judaísmo y germanidad durante la Primera Guerra Mundial no le cerraría los ojos al hecho de que la religión de la razón bebía en las fuentes del judaísmo. Secar esas fuentes supondría la penuria, la barbarie y la destrucción. En el caso, que no he logrado documentar, de que Lustig hubiera escogido deliberadamente su nombre para dárselo al personaje más consciente de su novela, cuyo dolor y cuya tragedia no son suficientes para salvar a sus compañeros de destino, pero cuya solidaridad establece un vínculo irrompible con Kateřina Horovitzová, nos encontraríamos con un testimonio adicional que refuerza la convicción de que *Una oración por Kateřina Horovitzová* está, en el fondo y en la forma, más allá de cualquier bendición, himno, alabanza o consuelo, porque más allá de todo ello lo está la oración por Kateřina Horovitzová que Brenske, “a pesar de toda su erudición y toda su experiencia”, no logra entender (pp. 159-160). La lectura de *Una oración por Kateřina Horovitzová* es una exigencia de repetición y de obediencia.

*Antonio Lastra*